

**HISTORIA
DE ISRAEL
EN LA EPOCA DEL
ANTIGUO TESTAMENTO**

**Siegfried
Herrmann**

El exilio babilónico, dura realidad para una parte de la población jerosolimitano-judaica ya desde la primera deportación en el año 597 a. C., se considera y valora en toda su envergadura histórica ordinariamente a partir del momento de la caída de Jerusalén. Por eso no es fácil determinar un punto final del exilio, ya que con la caída de Babilonia en el año 539 no fue unido también un inmediato retorno de los judíos deportados. Al contrario, la cuestión del retorno de miembros de familias anteriormente deportadas a Babilonia plantea un problema especial, que, a falta de fuentes seguras, es de difícil solución. En todo caso fue lo más tarde en los años veinte de ese siglo VI cuando se les hizo posible a los residentes en Jerusalén y alrededores construir una propia comunidad, hasta tal punto que se pudo pensar ya en la reconstrucción del templo como punto céntrico de los allí domiciliados. Estrictamente hablando, la «época del exilio babilónico» abarca más que la fase final de la dominación babilónica; sus límites son más amplios e incluyó aquellos conatos que pueden considerarse como las primeras medidas ordenadas o la reconstitución de la comunidad jerosolimitana de culto y templo. Respecto al término «época» se ha de tener en cuenta que ese tiempo no se ha de considerar tan sólo partiendo de los judíos deportados a Babilonia, sino que en su estudio se deben incluir también las partes de población que habían quedado en Judá.

Los pasados investigadores sostenían corrientemente la opinión de que la auténtica vida de Israel se continuó en el exilio, no en la misma Palestina, la cual habría quedado casi totalmente despoblada y devastada. Así pues, los grupos de exiliados habrían sido los genuinos portadores y conservadores de la tradición israelítica. Pero, por múltiples razones, no es verosímil que la vida en la tierra materna de Palestina sufriera una total paralización. Ya Rudolf Kittel había advertido que no hay que imaginarse a la tierra palestinese durante el exilio como una *tabula rasa*¹. Recientemente van sien-

¹ R. Kittel, *Geschichte des Volkes Israel* III/1, 1927, espec. 66-78, pero

do ya bastantes los que piensan que la misma Palestina tuvo durante el exilio una evolución peculiar, aunque no podamos tener idea cabal de la misma ².

Teniendo en cuenta cuanto se acaba de decir es importante preguntar de qué fuentes documentales se dispone en lo concerniente a la época del exilio. Las noticias veterotestamentarias se encuentran diseminadas y es preciso recogerlas en diversas obras literarias. La obra histórica deuteronomística finaliza con la caída de Jerusalén 587-586 y roza tan sólo la ulterior evolución de Judá, sin seguirla en serio (2 Re 25, 22-26); totalmente al final se encuentra la mención de una especie de indulto del rey de Judá, Joaquín, que vivía en el exilio y logró obtener ciertos privilegios del gran rey babilónico (2 Re 25, 27-30). Sucedió esto hacia el año 560 a. C., por lo tanto muy avanzada ya la época exílica, pero para nosotros no deja de ser un acontecimiento aislado, que sin duda el escritor deuteronomístico consignó conscientemente como grata conclusión de su obra.

La obra histórica cronística no dice nada del exilio. En 2 Crón 36, 20-23 se pone el máximo interés en describir ese período como un tiempo oscuro, que no terminó hasta la aparición del persa Ciro; con su decisión de reconstruir el templo de Jerusalén puso él un signo de esperanza.

Casi paralelamente al conciso relato de 2 Re 25, 22-26 discurren los capítulos en prosa del libro de Jeremías (Jer 39-44). Tratan de acontecimientos en Judá tras la caída de Jerusalén, pero se centran principalmente en el destino del profeta Jeremías hasta que fue conducido a Egipto. Las llamadas «lamentaciones» de Jeremías suelen relacionarse sin razón con ese profeta, pero describen igualmente situaciones subsiguientes a la destrucción del templo e ilustran muy objetivamente las circunstancias del país, especialmente en la 2, 4 y 5 lamentaciones ³.

Hasta muy adentrada la época exílica nos conducen los oráculos del profeta Ezequiel, que debió morir hacia el año 570 a. C. en el exilio; pero estos documentos apenas permiten sacar conclusiones referentes a determinados acontecimientos históricos. El indulto de Joaquín hacia el 560 constituye un *terminus a quo* para la redacción de la obra histórica deuterono-

dedica tres amplios capítulos a los «personajes conspicuos en Babilonia», entre los cuales también aparece «el círculo deuteronomístico».

² M. Noth, *Geschichte Israels*, 1966, 264: «...así pues, el centro de la historia israelítica y de la vida israelítica permaneció indudablemente en las tribus que habían quedado en el país. Para ellas lo ocurrido el año 587 a. C. de ningún modo significó el final». Cf. además E. Janssen, *Juda in der Exilszeit. Ein Beitrag zur Frage der Entstehung des Judentums*: FRLANT 69 (1956); S. Herrmann, *Prophetie und Wirklichkeit in der Epoche des babylonischen Exils*, *Arbeiten zur Theologie* I, 32, 1967.

³ Especialmente según la reciente exégesis de H. J. Kraus, *Klagelieder*, 1968, tras esos cánticos debe encontrarse el lamento sobre la destrucción del templo de Jerusalén y por lo tanto sobre el tradicional centro de la vida cáltica.

mística, que según convicción moderna no recibió su forma definitiva durante el exilio, sino en Judá⁴. De ahí que las cuestiones teológicas fundamentales de esa obra han de entenderse como una expresión de la polémica que allí se produjo en la segunda mitad de la época exílica, cuando se intentó enfocar el propio momento actual a la luz del pasado⁵. Hay que suponer que paralelamente a la formación de la obra histórica deuteronomística, por pocas que sean las fechas exactas de que se disponga, también al menos se dio comienzo a las redacciones definitivas de algunos libros proféticos⁶.

En los años cincuenta del siglo VI (559-529) de la casa soberana de los aqueménidas surgió la gran potencia persa, cuya importancia para los judíos exiliados fue reconocida por aquel profeta, cuyas tradiciones se encuentran redactadas en el libro de Isaias cap. 40-55, quien según la teoría tradicional actuó en el exilio y a quien se conoce bajo el seudónimo de «Deuteroisaias». Pero queda por saber si llegó a presenciar la caída de Babilonia en el año 539.

Acerca del reinado del último y especialmente discutido rey babilónico Nabonid (*Nabū-nā'id*) y la caída de Babilonia poseemos una serie de documentos extra-veterotestamentarios de diversos géneros y tendencias. Se trata principalmente de la ya mencionada crónica babilónica para los años 555-539, la llamada crónica de Nabonid⁷; un poema insultante contra Nabonid (redactado hacia el 538)⁸; la inscripción del cilindro arcilloso sobre Ciro⁹; además, algunos documentos más, que pueden esclarecer la historia de Nabonid, pero que para la historia de Israel poseen tan sólo un valor indirecto¹⁰.

Para comprender los acontecimientos de Judá tras la caída de Jerusalén parece necesario mencionar una vez más la lista de Jer

⁴ M. Noth, *Überlieferungsgeschichtliche Studien*, 21957, 97. 110, nota 1; E. Janssen, o. c., 12-18.

⁵ H. W. Wolff, *Das Kerygma des deuteronomistischen Geschichtswerkes*, 1961, en *Ges. Stud.*, 308-324.

⁶ Entran en consideración sobre todo aquellas colecciones de oráculos proféticos, que especialmente en sus partes finales manifiestan el influjo del lenguaje deuteronomístico, pero también por otro lado muestran el carácter de una polémica que permite deducir una posterior elaboración del material documental. Esto es especialmente claro en el libro de Jeremías, sobre todo en la composición de las partes en prosa, pero también en algunos fragmentos del libro de Ezequiel. Sobre Amós cf. W. H. Schmidt, *Die deuteronomistische Redaktion des Amosbuches*: ZAW 77 (1965) 168-192.

⁷ AOT, 366-368; ANET, 305-307; breve extracto en TGI, 81 s.

⁸ ANET, 312-315; TGI¹, 66-70.

⁹ AOT, 368-370; ANET, 315 s.

¹⁰ C. J. Gadd, *The Harran inscriptions of Nabonidus*, London 1958; ANET Suppl., 560-563 y la bibliografía que allí se consigna; además R. Meyer, *Das Gebet des Nabonid* 1962, espec. 53-81; K. Galling, *Studien zur Geschichte Israels im persischen Zeitalter*, 1964.

52, 28-30, que por lo que se refiere al año de la caída de la ciudad menciona como deportados a 832 jerosolimitanos, pero añade que en el año 23 de Nabucodonosor, por lo tanto el 582, 745 judíos habrían sido deportados por Nebuzardán como comisionado del rey. Sea lo que sea de las cifras concretas que se dan, la noticia no deja de ser sintomática. Hay que suponer que aun después de la caída de Jerusalén otras cantidades de población fueron deportadas a intervalos y por grupos, sin que todavía conozcamos claramente los motivos y el sistema de tales medidas. Pero en general se puede decir que la praxis empleada por los babilonios para sus deportaciones fue menos radical que la de los asirios. Es de suponer que los deportados permanecieron juntos; en cambio no sabemos qué poblaciones extranjeras se afincaron sistemáticamente en Judá. Unas ilimitadas deportaciones son poco probables por el simple hecho de que en todo caso se quería mantener en el país una población campesina útil para el trabajo. El motivo de las deportaciones pudo consistir en los reiterados brotes de movimientos de resistencia.

En ningún sitio se dice expresamente que Judá fuera convertida en una auténtica provincia babilónica. Se le confió el país a un funcionario nativo de Judá por nombre Guedalyá, que ya en tiempo de los reyes Josías y Joaquim parece haber desempeñado un papel importante (2 Re 22, 12.14; Jer 26, 24). De 2 Re 25, 24 se deduce que fue adicto a los babilonios y les recomendó eso mismo a sus compatriotas. Escogió Mispá como sede del gobierno, tal vez en lugar de la destruida Jerusalén. A una serie de militares, jefes de tropas y otros personajes de Judá, que parece se mostraron dispuestos a reconocer su nombramiento por parte del rey babilónico, les hizo un juramento y les exhortó a estar sumisos a los babilonios. A esta política se opuso, supuestamente incluso con el apoyo del rey de los amonitas (Jer 40, 14), un hombre de linaje real, Ismael, hijo de Natanías, quien reúne a otros hombres para matar a Guedalyá. Aun cuando le habían prevenido, Guedalyá recibe a Ismael y a sus hombres en Mispá. Durante el banquete se produce un baño de sangre. Ismael con sus acompañantes asesina no sólo a Guedalyá, sino también a todos los comensales judaicos y babilónicos.

Pero no para aquí la cosa. Al día siguiente del asesinato de Guedalyá 80 hombres procedentes de la región del antiguo estado septentrional de Israel llegan a Mispá, para llevar ofrendas e incienso «a la casa de Yahvé», por lo tanto iban sin duda camino de Jerusalén. Según esto, en esos distritos septentrionales existían grupos que reconocían el santuario jerosolimitano y a

él peregrinaban. No se nos dice si esto lo hacían a impulsos de la ley reformatoria de Josías, no sabemos cómo esas gentes pudieron desconocer la destrucción del templo. Cabría pensar, desde luego, también en una continuación del culto en Jerusalén a escala reducida. En Mispá tratan de hablar con Guedalyá, pero caen en manos de Ismael, quien los mata al instante. Sólo consiguen salvarse diez hombres, que se muestran dispuestos a descubrir los escondrijos en los que habían guardado víveres (Jer 41, 8). La situación es característica de la inseguridad jurídica y la pobreza propias de un país después de la catástrofe. Quien ofrece algo de comer, se mantiene vivo.

Después Ismael hizo prisioneros a todo el resto del pueblo, que quedaba en Mispá, y también a algunas princesas que el jefe de la guardia, Nebuzardán, había encomendado a Guedalyá. Es de suponer que en Mispá se encontraba también el profeta Jeremías, que después de haber sido liberado por los babilonios se había marchado voluntariamente con Guedalyá (Jer 40, 1-6). Con todas las gentes, de que se había apoderado, intentó Ismael pasar a la región amonítica. Pero ese plan fracasó. En Judá meridional se habían reunido en torno a Yojanán, hijo de Caréaj, los hombres que se habían enterado de los crímenes de Ismael. Estos, aunando sus fuerzas, avanzaron y encontraron al grupo de Ismael junto a Guibeón (Jer 41, 12). Lo que ocurrió fue sorprendente, pero explicable. Los hombres que Ismael había apresado en Mispá se pasaron al momento a Yojanán y a sus gentes, mientras que Ismael, acompañado de tan sólo ocho correligionarios, pudo escapar a Transjordania rumbo a los amonitas.

Yojanán y el grupo de Mispá deliberaron en la comarca de Belén sobre otras posibles medidas. Se temía a los babilonios, ya que Guedalyá había sido asesinado por un judío. Se le pide su opinión a Jeremías, y éste, tras diez días de reflexión, recomienda permanecer en el país (Jer 42). Pero a éste le increparon, pues la emigración a Egipto parece ser que era ya algo decidido. Allá se dirigieron, llevándose también a Jeremías y a su compañero Baruc. Llegaron a Tafnis, fortaleza de la frontera egipcia al este del delta del Nilo junto a Pelusium¹¹. Las ulteriores vicisitudes de esos

¹¹ Jer 43, 7; sobre Tafnis A. Alt, *Taphnaein und Taphnas*: ZDPV 66 (1943) 64-68; W. F. Albright, en *Vertholet-Festschrift*, 1950, 13 s. Jer 44, 1 menciona toda una serie de localidades del alto Egipto donde al correr del tiempo se establecieron judíos, Migdal, Noph (= Menfis) como de modo general el país de Patros, que sustancialmente se identificaría con el alto Egipto. Así pues, los emigrantes judíos se fueron dispersando paulatinamente por un territorio cada vez más extenso, de acuerdo tal vez con las posibilidades de ocupación.

emigrantes se desconocen. Se supone que Jeremías moriría allí en Egipto.

Otras gentes de Judá, en especial de las clases superiores, siguieron probablemente al grupo de Yojanán, sin que tengamos sobre esto noticias ciertas. El país quedaba así expuesto a una lenta despoblación. La deportación del año 582, que conocemos por Jer 52, constituye la última noticia que tenemos después del asesinato de Guedalyá o en conexión con éste. Se ignora quién le sucedió en el cargo, así como todas las demás medidas adoptadas para la administración del país. Posiblemente Judá quedó sometida a la ciudad de Samaria y a sus autoridades. Casi todas las personas, que hubieran sido las más indicadas para hacerse cargo de la dirección, habían emigrado o habían sido deportadas. Con ellas también se habían extinguido las fuerzas activas para la resistencia. La situación empezó a normalizarse cada vez más. Llegó un tiempo en que en Judá pudieron brotar esperanzas, que miraban a la reconstrucción del país, la reedificación de las ciudades, la fertilidad del terreno y el acrecentamiento de la población, como se puede leer en algunos capítulos del libro de Ezequiel, de matiz deuteronomístico, cuyo autor no hay que verlo forzosamente en el mismo gran profeta del exilio¹². Nada tiene de extraño que en medio de ese ambiente surgiera una composición como la de Jer 30.31 y que esa composición fuera coronada con la esperanza en una nueva alianza y en una restauración de la ciudad de Jerusalén¹³. Esos pensamientos recibieron tal vez un nuevo impulso sobre todo cuando, tras la muerte de Nabucodonosor en el año 562, ocuparon el trono babilónico una serie de mediocres soberanos que alimentaron las esperanzas en un cambio repentino.

Los estados vecinos al este y sureste de Judá parece que gozaban aún de una relativa autonomía cuando se produjo la caída de Jerusalén. El rey

¹² Sobre todo Ez 34-37; se trata aquí precisamente de textos cuyo origen puede explicarse mucho mejor en la misma Palestina que en simple contemplación visionaria en la lejana Babilonia; ciertas dificultades presenta desde luego Ez 37, 1-14, la visión de los huesos en la llanura, cuya interpretación en los vv. 11-14 se basa desde luego en una concepción dirigida a «toda la casa de Israel», que manifiesta en todo caso una primera redacción deuteronomística. Más difícil es saber si en ese período central del exilio se crearon también los condicionamientos para el llamado «proyecto constitucional de Ezequiel» (Ez 40-48) y dónde sucedió tal cosa; cf. ahora W. Zimmerli, *Planungen für den Wiederaufbau nach der Katastrophe von 587*: VT 18 (1968) 229-255; G. Ch. Macholz, *Noch einmal: Planungen für den Wiederaufbau nach der Katastrophe von 587*: VT 19 (1969) 322-352.

¹³ Jer 31, 31-40.

amonítico estaba posiblemente implicado en el asesinato de Guedalyá; entre los amonitas se habían refugiado, huyendo de los babilonios, los habitantes de Judá, que durante el reinado de Guedalyá retornaron a su tierra (Jer 40, 11 s). Sin embargo, al correr del tiempo incluso esos estados debieron ser sometidos por los babilonios. Josefo nos dice que Nabucodonosor en el año 23 de su reinado (582) sometió a los amonitas y moabitas con ocasión de una campaña que realizó a Egipto¹⁴. Pero sobre esto no tenemos más noticias.

¿Cuáles fueron las vicisitudes de los judíos durante el exilio babilónico? Se encontraba allí en primer lugar la clase alta del país de Judá, la casa real con Joaquín a la cabeza, los grandes terratenientes, altos funcionarios del estado, sacerdotes. A Ezequiel, el sacerdote y profeta, se le intima repetidas veces para que se ponga al habla con los «ancianos de Israel», por lo tanto con personalidades de primera fila (Ez 14, 1-11; 20, 1 s; 33, 10-20). En Ezequiel se encuentra el término especial para designar el grupo llevado al exilio, la palabra *gola* (*ḡwlh*)¹⁵. Sobre las circunstancias concretas de su vida es poco lo que sabemos. Se formaron tal vez colonias enteras de judíos, en las que los deportados convivían y con las que también era posible comunicarse epistolarmente (cf. Jer 29). Conocido es el nombre de Tel-Abib (Ez 3, 15) para designar una de esas colonias, y tal vez era la versión hebrea de un toponímico indígena¹⁶. Otros nombres de colonias de deportados pueden leerse en Esd 2, 59 = Neh 7, 61. En sus proximidades se encontraba el «río Kebar» = *nāru kabaru* (tal vez «gran río, canal»), probablemente uno de los afluentes orientales del Eufrates¹⁷.

Por lo que se refiere al abastecimiento de los exiliados es interesante aquella lista de la corte babilónica, que también menciona a Joaquín y le llama «rey de la tierra de Judá (*Ja-a-hu-du*)». No hay duda ninguna sobre a quién se refiere, y se trata de una de esas raras y felices coincidencias, en las que por una fuente extraña se hace posible confirmar un detalle de la información veterotestamentaria. La lista procede del año 13 de Nabucodono-

¹⁴ Josefo, *Ant. Jud.* X 9, 7 § 181 s. (edición Niese).

¹⁵ Ez 1, 1; 3, 11.15; 11, 24 s; 12, 4 cf. también Jer 28, 6; 29, 1.4.20. 31; Zac 6, 10, etc.

¹⁶ En el año 1909, sesenta familias judías fundaron al nordeste de Jaffa una colonia judía y le dieron el nombre de Tel Aviv en recuerdo de la antigua localidad del exilio babilónico.

¹⁷ Se piensa ordinariamente en el *schat̄t en-nīl* en la región de Nippur; W. Zimmerli, *Ezechiel*, BK 13, 24.39 s.

sor (592 a. C.) y habla especialmente de suministros de aceite, que se entregaron a Joaquín, a cinco de sus hijos y a otros judíos¹⁸. Pero fue el sucesor de Nabucodonosor, el rey Evil-Merodac (Abel-Marduk), quien gobernó tan sólo de 562-560, el que se decidió a dar un trato privilegiado al rey de Judá (2 Re 25, 27-30). En el año 37 después de su deportación, Joaquín fue liberado de su internamiento y se le otorgó el derecho a comer en la corte babilónica. De ahí se deduce al menos el tiempo que hubo de pasar todavía Joaquín en el destierro, después de haberse visto obligado a abandonar Jerusalén el 597. Se desconoce desde luego el año de su muerte. De todos modos durante tan largo tiempo pudieron cifrarse en ese daudida esperanzas que apuntaban al restablecimiento de la situación normal en Judá. Por él se contaron los años del exilio, o por lo menos así lo hizo el libro de Ezequiel, ya fuera redactado en el exilio ya en Judá. El rey, tanto en un sitio como en otro, fue tal vez considerado como garantía de una restitución de Judá¹⁹. Sin embargo, el cambio de situación vino por otro lado. Durante los años cincuenta y paralelamente a la decadencia de Babilonia comenzó a perfilarse el incontenible auge de la gran potencia persa.

A Nabucodonosor le siguieron en el trono babilónico varios soberanos de corto reinado. El ya mencionado Abel-Marduk (Evil-Merodac), 562-560, fue eliminado violentamente; de la época del reinado de su sucesor *Nergal-šar-ušur* (Neriglissar), 559-556, poseemos un breve fragmento de crónica babilónica para el año 557-556²⁰. Con su hijo Labaschi-Marduk (556-555) se interrumpe la familia de soberanos. Tuvo que producirse una gran revolución interna. Después de él subió al trono el último rey del imperio babilónico, Nabonid (*Nabū-nā'id*), que procedía del Jarán de la Mesopotamia superior y era hijo de una sacerdotisa del dios lunar Sin. Desde el año 555 hasta la caída de Babilonia logra llevar las riendas del reino, a pesar de algunas dificultades en su política interior y de una peculiar concepción en política exterior, practicada con tenacidad. Tuvo que enfrentarse con los sacerdotes de Marduk en Babilonia al intentar elevar al dios lunar Sin a la

¹⁸ E. F. Weidner, *Jochim, König von Juda, in babylonischen Keilschrifttexten*, en *Mélanges Syriens offerts à M. R. Dussaud II*, Paris 1939, 923-935; ANET, 308, TGI, 78 s.

¹⁹ R. Meyer habla de una especie de «dinastía exílica», que habría fundado Joaquín y ahí ve los inicios de una «tradición davídico-legitimística, que en el judaísmo babilónico en conexión con el cargo de exilarca (*rēsch gālūtā*) se puede seguir hasta el siglo X d. C. (!)». R. Meyer, *Das Gebet des Nabonid*, 1962, 68.

²⁰ D. J. Wiseman, *Chronicles of chaldaean kings (626-556 B. C.) in the British Museum*, London 1956 (21961).

categoría de dios del imperio, tal vez por complacer a los grupos de población aramea que había en el estado. En política exterior son dignas de mención las guerras del rey contra tribus árabes en los desiertos meridionales; durante diez años permaneció en la ciudad oásica de Tema, centro comercial y de comunicaciones en el norte de Arabia. Mientras tanto dejó el gobierno de Babilonia en manos de su hijo Belsassar ²¹.

El hecho de que este obstinado soberano no fuera eliminado pudo deberse sobre todo a la situación general de la política exterior que pudo inspirar temores y esperanzas a los círculos dirigentes de Babilonia. La expansión de la potencia persa por el norte y por el oeste auguraba amenazadoras perspectivas para Mesopotamia. Al comienzo de su reinado Nabonid se alió con el rey persa Ciro, que subió al trono el 559 y derrocó al rey de los medos, Astiages. El reino de los medos se había extendido hasta Asia menor y constituía tanto para los persas como para los babilonios, una peligrosa vecindad por el oeste. En Ecbatana, capital de los medos, Ciro se hizo soberano sobre un gran imperio persa. La alianza de Nabonid con Ciro mantuvo alejada la amenaza persa al menos temporalmente. De momento Ciro buscó expansión por el oeste. Cresus de Lidia, rey proverbialmente famoso por sus riquezas, atacó a Ciro, pero fue batido por éste de forma aplastante en el año 546; de este modo la potencia persa llegó hasta la costa occidental del Asia menor. En la segunda mitad de los años cuarenta Ciro redondeó también su poder por el lado oriental de su imperio al apoderarse de las altiplanicies situadas al noroeste de Babilonia. Ya no quedaba sino el sur, el reino de Nabonid.

El zarpazo al reino neobabilónico hubo de parecerle seductor a Ciro. Pues con él no sólo adquiriría Mesopotamia, sino al mismo tiempo el territorio sirio-palestinense y tal vez también zonas del desierto arábigo de las que se había adueñado Nabonid. El puente geográfico sirio-palestinense le brindaba también la posibilidad de hacerse con Egipto, logrando así la soberanía universal según la mentalidad de entonces. Ciro fue consecuente en llevar adelante sus planes; pero fue su hijo y sucesor Cambises quien en el año 525 venció a Egipto en la batalla de Pelusium.

El derrocamiento del imperio babilónico lo esperarían en la misma Babilonia con más o menos certeza y confianza. Sentían confianza principalmente los estados y grupos dependientes de los babilonios, entre ellos los exiliados judíos. No hay dificultad ninguna para situar la actividad del Deuteroisaiás en los años cuarenta del siglo VI. Los pronósticos de este profeta tuvieron su

²¹ Cf. los dos textos TGI, 79-81. Belsassar aparece en *legendaria metamorfosis* también en Dan 5, 1-6, 1, pero allí se llama rey de Babilonia y se considera como predecesor de Darío.

más sólida y concreta expresión en su idea de que Yahvé haría de Ciro un instrumento suyo a quien colmaría de éxitos. Deuterisaías menciona a Ciro por su nombre y le llama soberano de un pueblo extranjero, «su (de Yahvé) ungido» (Is 45, 1), su «pastor» (Is 44, 28). Se describe inequívocamente la ruina de Babilonia (Is 47).

La victoria sobre Babilonia no le costó a Ciro mucho trabajo. Por lo pronto el rey no apareció personalmente ni siquiera una vez. En el año 539 ordenó a su general Gobryas que atacara a Nabonid; éste sucumbió. Babilonia cayó prácticamente en manos de los persas sin mediar batalla ninguna. Todo hace pensar que los sacerdotes de Marduk acogieron a los conquistadores como liberadores, pues terminaban con el reinado de Nabonid. Finalmente el mismo Ciro hizo una entrada triunfal en la ciudad.

Sobre la caída de Babilonia, si prescindimos de las breves noticias de la crónica babilónica²², poseemos dos descripciones, que desde luego son tendenciosas. Uno de los textos, por desgracia bastante deteriorado en el margen, se encuentra enmarcado en un «poema difamatorio» contra Nabonid. Lo más probable es que se trate del informe de un sacerdote babilónico, que saludaba a Ciro como soberano elegido y al mismo tiempo condenaba duramente los crímenes de Nabonid. Suele prestarse especial atención al hecho de que Ciro devolvió su prestigio a los antiguos cultos de los tiempos de Nabucodonosor²³: «A los dioses de Babilonia, masculinos y femeninos, los devuelve él a sus celdas, (a los dioses, que) habían abandonado sus capillas, los restituye él a sus santuarios». (Contra Nabonid:) «...borra sus actos... (las obras de su) reinado... las extermina... (en todos los santuarios) borra las inscripciones de su nombre... (Para los habitantes de Babilonia) reina la alegría, (a los presos) se les sueltan las cadenas, (quedan libres los débiles) que estaban oprimidos por los (poderosos)... todos miran (alegres) a su majestad». Atención a los dioses por parte de Ciro, aniquilamiento de los residuos del gobierno de Nabonid; tales son los motivos predominantes de ese texto. Semejante descripción es muy explicable como obra de un sacerdote de Marduk. Más importante es aún el hecho de que el mismo Ciro se consideró como servidor de Marduk y de los dioses babilónicos y pretendió actuar en nombre suyo. Ciro aprovechó la polémica contra Nabonid, para poner más claramente de relieve su propia misión. Y lo hizo sobre un cilindro arcilloso transmitido en escritura cuneiforme, cuyo texto conservado comienza con un enjuiciamiento peyorativo de Nabonid, pero después

²² Se trata del año 17 de la crónica de Nabonid; AOT, 367 s.; ANET, 306; TGI, 81 s.

²³ Cf. *supra*, nota 8.

se presenta a Marduk buscando un soberano idóneo, que naturalmente se encuentra en Ciro ²⁴: «Examinó todos los países, rebuscó entre sus amigos, escogió de propia mano un príncipe justo según su corazón: a Ciro, el rey de Anshan, lo llamó, nombró su nombre para mandar sobre todo el universo». En consecuencia Ciro se designó a sí mismo como «eterno vástago de la monarquía, cuya dinastía fue grata a Bel y a Nabu, cuyo reino desearon para regocijo de sus corazones» ²⁵. Ciro recibió su soberanía de las manos de los dioses babilónicos y de este modo se incorporó a la sucesión legal de los soberanos babilónicos. Aunque se quiera ver ahí una forma especial del estilo cortesano y de la propaganda persa, no paraba ahí todo. En el fondo se observa en definitiva de qué modo los persas trataban y dominaban a los pueblos sometidos.

Ciro y sus sucesores procuraron gobernar y conservar el imperio de forma distinta a la de los asirios y babilonios, no eliminando los antiguos ordenamientos e intercambiando poblaciones nativas, sino conservando y restableciendo los derechos observados desde antiguo en aquellos países y las instituciones en ellos nacidas. La política imperial de los persas se apoyó en las estructuras administrativas autóctonas y procuró restablecerlas allí donde esas estructuras, ya violentamente ya por la acción del tiempo, habían llegado a sucumbir. Especial atención se dedicó a las normas del culto y al cuidado de los santuarios. Sobre este trasfondo hay que considerar la forma en que Ciro quiso que se interpretara su propio dominio sobre Babilonia. Ese dominio había de acatar la voluntad de los dioses del país. De forma análoga procedió más tarde Cambises en Egipto, quien adoptó allí títulos regios egipcios, de tal forma que los reyes persas en Egipto pudieron ser considerados como sucesores legítimos de los faraones y fueron contados como dinastías autónomas (XXVII y XXXI dinastía).

Es obvio que este cambio de organización imperial, esta praxis administrativa persa atenta a la conservación y a la reorganización trajera consigo necesariamente sus amplias consecuencias aun para los judíos babilónicos y no menos para la población palestinese. Pues también los habitantes de la tierra materna, tras la caída del poder babilónico, habían quedado sometidos, lo mismo que los exiliados, a la misma soberanía persa. De este modo se habían creado ya las condiciones necesarias para una restauración de la situación en Judá. Los problemas que forzosamente se

²⁴ AOT, 369; ANET, 315; TGI, 83.

²⁵ *Ibid.*

planteaban entonces eran éstos: ¿podían los judíos exiliados regresar a Palestina? ¿Era posible en el mismo Jerusalén la restauración de la ciudad y del templo y el restablecimiento del culto? Estos problemas centrales ocuparon al menos el próximo siglo de historia judaica después de la caída de Babilonia.